

Un grácil empeño

MARGARITA SUZÁN

I

Al fin habían terminado las ceremonias y los rituales del funeral. He regresado sola a mi casa sin aceptar los “¿quieres que pase la noche contigo?”, de alguna conocida tan solitaria como yo. Este ofrecimiento también forma parte de las costumbres. El desamparo emocional que me provoca la muerte de mi padre no habré de superarlo en las próximas horas de silencio ensordecedor.

Mi mundo de profesora-investigadora de literatura, con sus amistades —que giran más en torno a la profesión que al afecto—, sus ocupaciones: la cátedra, las conferencias, las mesas redondas, las publicaciones, y las esporádicas reuniones con papá, había adquirido un rito, un *tempo* que esta ausencia parece invalidar. Mis hermanos, Roberto y Julián, prolongarán su estadía, hasta dejar finiquitados los asuntos económico-legales y partirán a las ciudades extranjeras donde viven con sus familias. Nunca sabrán que mi padre y yo llevamos más de una década, fallecida Aurelia, su última esposa, situados en una cómoda amistad, respetuosa de nuestros espacios y de nuestros tiempos.

Me alejo del ventanal por el que observaba, creo que sin ver, el parque de enfrente, sólida oscuridad verde, y las jaulas para vivir, de vidrio y aluminio, que brillan como equipos quirúrgicos a la luz clínica de la luna. Atravieso la estancia de mi departamento y me acerco a uno de los libreros donde no sólo hay documentos, fotografías, grabados y artesanías sino también recuerdos de viajes olvidados. Extraigo de una alacena una botella de jerez y un vaso para conjurar la pesadumbre.

Al llegar, me había quitado los zapatos de tacones y ahora, acalorada, me despojo del suéter y la falda, los dejo caer por cualquier parte y me dirijo hacia un hondo sillón, botella y vaso en mano. Paso ante un espejo sin contemplarme en él: lo encuentro más un adorno que un objeto dedicado a la admiración personal; tal vez debido a la tristeza, esta mujer llamada Lía que soy yo —la espesa mata de cabello con recientes vetas plateadas, el rostro moreno en el que resaltan los ojos oscuros, la boca ancha y generosa y una estructura corporal de huesos grandes que sostienen aún con eficacia mis pechos y mis nalgas— ha comenzado a desmerecer ante mi vista. Tengo 42 años.

Timbra el teléfono y lo atiendo con fastidio. Mi rechazo es inmediato, se trata de mi ex marido, que no pudo ir al entierro y extiende sus condolencias. Casi no lo escucho porque evoco la imagen aburridísima del ser repetitivo, estrecho y mezquino con quien me casé, enajenada y ciega por mi concepto unilateral del amor.

Cuando termina el monólogo de lugares comunes, me invade la sensación de que la lineal superficie de mi vida cotidiana se fractura, se desprende... de un trago vacío el vasito de jerez y marco el número de Elisa.

Le pregunto si es correcta mi impresión: cambian los aires y los seres y yo permanezco detenida. Elisa no forma parte de las amistades de sentido único y es capaz de responder a mi abrupta forma de iniciar la conversación. Sin embargo, hoy se equivoca, regresa al ya muy discutido tema de la ausencia de una familia que pudiera mitigar mi soledad. Ella está al tanto de mis ideas, de mi desconfianza en cuanto a traer un hijo a este mundo. Como huérfana temprana de niña había padecido lo suficiente como para no

desea el sufrimiento de una criatura. Además, y esto fue causa cardinal de mi divorcio, era muy consciente de que el instinto maternal en mi desarrollo había sido nulo; al parecer me eran más importantes el sentido de propiedad de mi cuerpo, la educación y el profundo desprecio que me provocaban las intolerancias, las homofobias y demás... es muy obvio que mi angustia contagia a Elisa y nuestro diálogo no me había procurado ningún alivio. Le pido disculpas y corto la comunicación. De nuevo la mágica combinación de los viejos maestros del blues y el jerez actúan de lenitivo.

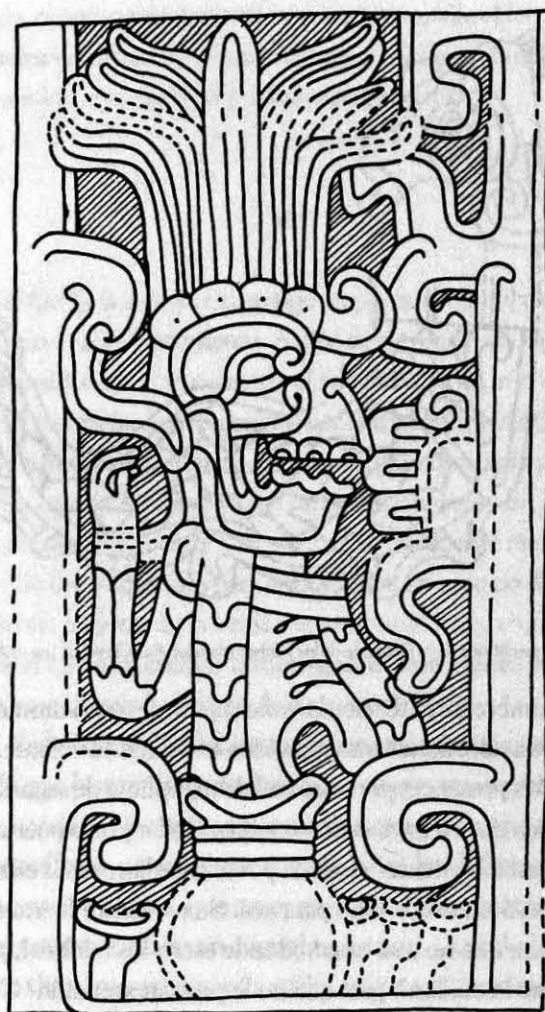
II

Habíamos terminado el tema de William Blake y decidí que mis alumnos comprendieran en la práctica los modelos de investigación interdisciplinaria, solicitando un breve ensayo de los pintores prerrafaelitas en tanto literatos. Les hablé de *The Germ*, la revista de este grupo de la era victoriana inglesa, y de la naturaleza de su obra.

Como de costumbre, Jacinta, la niña de canela—como para mis adentros la había bautizado—ya tenía una idea del tema a estudiar. Al abandonar el aula me abordó pidiendo mi opinión en torno a la preocupación constante de Dante Gabriele Rossetti por la belleza femenina, tanto en su poesía como en su pintura. Esta joven me perturba en demasía: esa coloración del cabello, ojos y piel, que se acentúa y disminuye según el caso y que me remite al jengibre, al ron añejo o a la caoba; ese cuerpo flexible, pero también vulnerable, y la rapidez y precisión de su entendimiento me atraen irremediamente. Sabía que si le contestaba planteándole un dilema emprenderíamos uno más de los largos paseos que me dejaban con la lengua seca y el corazón anhelante frente a su entusiasmo, a su pasión.

Respondo que hoy debo hacer algunos trámites, que no puedo atenderla. Se sorprende un poco, pero no se muestra herida; su juventud, su seguridad la convence: si no es ahora ya habrá otro momento para disfrutar de mi compañía.

Camino a casa caigo en el estado de insatisfacción y nostalgia perpetua que me rodean, no me ayuda el ojo bermellón del sol que debe su color a la transpiración del asfalto cuya suciedad anula a las montañas presentes en el confín del valle. En la cocina, no consigo elegir de entre los distintos guisos congelados en mi refrigerador y termino masticando un emparedado insípido. ¿Mi cansancio se debe al hastío que me producen las gestiones de mi próximo año sabático? ¿No he asimilado la posibilidad real de que la muer-



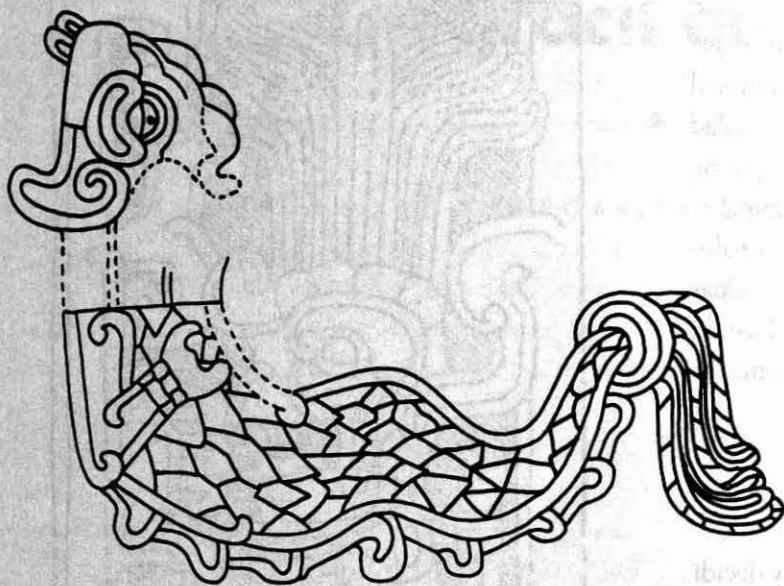
Relieve escultórico del Juego de Pelota Sur (detalle). Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajín

te de mi padre haya sido un suicidio? ¿Me asusta reconocer con mayor frecuencia la falta de ideales, la carencia de sentido de la vida actual, el caos de los días?

Abro mi archivo en la computadora. La pantalla vacía lanza destellos como guiños verdes. Escribo: "a pesar de lo que se dice, creo que en la cabeza del hombre todavía hay más luz que sombras".

III

Los sonidos insistentes del timbre ahuyentan la modorra en que he caído. La mirilla muestra al otro lado de la puerta a una Jacinta agitada y nerviosa. Abro y me pregunta con voz entrecortada si puede entrar. La hago pasar y se deja caer en el sofá que yo ocupaba y tiembla tan violentamente que me veo obligada a cubrirla con el cobertor de vicuña. Recorro a mi jerez favorito y le brindo un poco. Lo toma a sorbitos mientras narra: caminaba por una calle cercana cuando



Relieve escultórico de la Pirámide de los Nichos (detalle). Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajín

un hombre intentó subirla violentamente a un automóvil estacionado, donde otro individuo se hallaba al volante. La salvó la presencia providencial de un policía de seguridad privada que en ese momento salía a vigilar por la puerta de un establecimiento. Asistida por el guardián y más calmada tomó un taxi y vino para acá. Suavemente la interrogo: ¿por qué no a su casa?, ¿dónde están los adultos?, ¿por qué no la cuidan?, ¿por qué no le prestan atención? Confirmo mis sospechas sabiendo que sus padres son intelectuales de renombre, siempre están ocupados, pocas veces coinciden en la vida de todos los días. Se muestran satisfechos con las excelentes calificaciones escolares de su hija, a quien en ocasiones exhiben como el perfecto producto de una brillante conjunción.

La parte superior del cuerpo de Jacinta se sacudía en sollozos inaudibles y me miraba como un infante que alguien hubiera abandonado a la puerta del mundo. Observándola pensaba que las cosas que nos suceden no son gratuitas, parecerían la acción de un dios solitario y bárbaro atormentado por el drama gigantesco e inhumano de su creación; pero su significado, su efecto, entraña la comprensión y la disponibilidad para recibirlas.

Jacinta se fue tranquilizando. En el ventanal, por encima de los árboles, los bordes del cielo opaco mostraban una tonalidad amarillenta, como de añoso papel de escribir tostándose al sol. Me serví jerez y me senté al lado de la muchacha. Por un rato escuchamos en silencio la música de Leonard Cohen. Después las evocaciones llegaron naturalmente a mi conciencia y se hicieron voz. Relaté anécdotas de mi niñez, la pequeña que encendía una linterna bajo las

sábanas para seguir leyendo a Zane Gray, cuando su padre había mandado apagar la luz y dormir. Ya entonces los libros hacían para mí las veces de una especie de material aislante contra el presente inmediato. Hablé de mis sueños adolescentes, de la llama oculta y pura de entrega a quien me necesitara, mis propósitos de estudiar medicina e irme al África a "curar negritos".

Jacinta se acomodó contra mi hombro, la suavidad de su pelo acariciándome cuello y mejilla, el olor del miedo sustituido por un aroma limpio que emanaba el cuerpo de la joven, cuya respiración empezaba a adquirir el ritmo del sueño. Hacía mucho tiempo que no aceptaba dejarme ir en la bienaventuranza. Pensaba en las mujeres de mi edad derrotadas, ajenas al atractivo que ejercen en los jóvenes, sumidas en los prejuicios y la mediocridad. ¿Pero acaso era yo distinta? De aquel deseo de comunión con los demás, del repudio a la complacencia, de apertura y solidaridad, no había el menor rastro, hoy sólo quedaban la soledad y un dejo de cinismo. ¿Qué tenía yo que ofrecer?

Me levanté con alguna brusquedad y Jacinta abrió sus ojos de resina, entre las brumas del sueño parecían reclamarme: ¿por qué me haces esto? Me refugié en el dormitorio y cerré, tras de mí, la puerta.

Me levanté con alguna brusquedad y Jacinta abrió sus ojos de resina, entre las brumas del sueño parecían reclamarme: ¿por qué me haces esto? Me refugié en el dormitorio y cerré, tras de mí, la puerta.

IV

En un corredor de la facultad me topé con Elisa, estaba preocupada por mí, por mi estado de ánimo. Fuimos a la cafetería y observándola caminar unos pasos adelante, esquivando a los alumnos, me preguntaba si su fuerza y su equilibrio los había adquirido en Centroamérica, durante los años que recorrió esa región en tiempos de paz y de guerra. Porque Elisa pertenecía a mi generación, a los de la tierra de nadie, del mundo sin convicciones, de las sociedades adocenas y grises donde nada parece tener sentido alguno, y sin embargo, mi amiga se percibía serena y vital.

Ante los respectivos cafés, Elisa se percató de algo distinto en mi actitud, lo calificó de resplandor. Respondí que entraba en una etapa en la que inventarme lo posible me alejaba del espanto. Describí la amistad amorosa, esa especie de pacto de alborada que me unía a Jacinta. Elisa pareció alegrarse, compartía conmigo el horror a la noción común de madurez como hipocresía e inmovilismo y sin em-

bargo me previno contra la pérdida del albedrío y razonó sobre el amor compulsivo y abismal. Yo no sabía entonces de las actividades de Jacinta: durante aquellas mismas horas jugaba con su computadora y en las magníficas figuras de Rossetti, Morris, Burne-Jones e inclusive Alma-Tadema, había sustituido sus rostros por el mío.

V

Jacinta insistió en enseñarme "algo muy importante". Respondí que la esperaba por la tarde, pero no sin temor. Temor a su juventud, a su inquietante atractivo, pero también miedo a que una conducta equivocada de mi parte pudiera lacerar un ser todavía inconcluso. ¿De iniciarse una relación con Jacinta, llegarían de nuevo las lágrimas del amor y el desencanto, la sal restregando la herida? La aprensión no era ni por asomo al espejo oscuro del mismo sexo, sino a provocar los dolores simples del corazón que en la edad de Jacinta pudieran ser su visión personal de la catástrofe.

Sentada ante la computadora escribía mis reflexiones mientras esperaba a Jacinta. Me vino a la memoria una frase de Rosa Beltrán: "Pese a las prohibiciones sociales y a los prejuicios, a lo largo de la historia muchas mujeres mayores han mantenido relaciones con otras más jóvenes; el amor se abre paso a través de los convencionalismos y la hipocresía como el agua a través de las fisuras mal selladas de una presa." La imprimí y la coloqué en el tablero de corcho repleto de fotos, dibujos, frases, recordatorios. Jacinta llegó radiante, me dio un beso y sentí que algo dentro de mí cantaba o más bien era como si las cosas y los objetos de mi casa tomaran otra dimensión, sólo por el hecho de que ella los veía y los tocaba. Me enseñó sus "creaciones" y aunque me avergonzaba un poco fue a colocar las impresiones de los prerrafaelitas que tanto nos gustaban en mi tablero. Vio la frase que yo recién acomodara y me miró.

Puso la mano en mi mejilla y la movió hasta mi boca. Con la punta de la lengua recorrí su palma ligeramente salada por el sudor. Aproveché mi boca abierta para introducir un dedo en su interior. Estábamos muy próximas. Pasando un brazo por su espalda la acerqué aún más a mí y con la otra mano abrí su pantalón y acaricié con el ritmo de mis propias palpitations su palpitante pubis. Volvió a mirarme y sus ojos no reflejaban ninguna

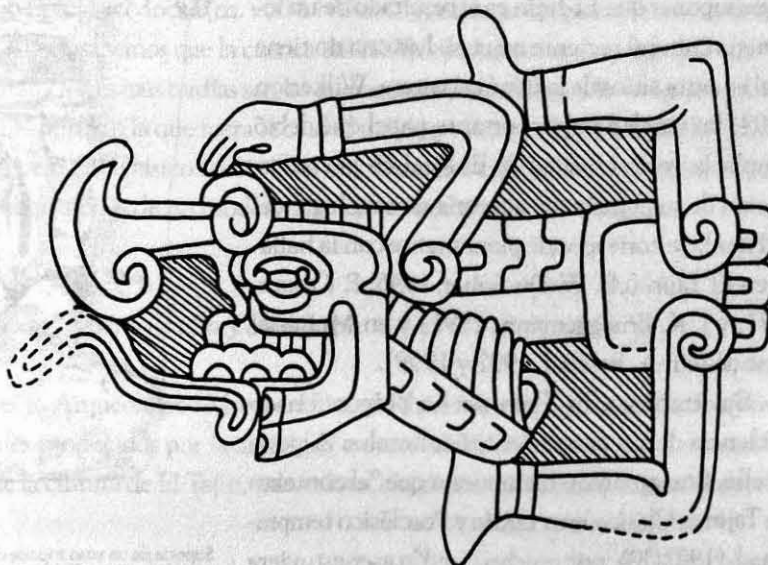
duda, ninguna razón, ningún pensamiento, sólo el retorno a la esencia misma de su reencuentro en mi cuerpo. Emitiendo un sonido entre sollozo y jadeo se abrazó a mí.

VI

En el filo de la navaja mantengo un precario equilibrio que disfrazo de convencimiento. Acabo de recoger el oficio de la universidad que me concede el adelanto de mi año sabático y realizadas las diligencias necesarias para viajar, procedo a alinear, repitiendo en voz alta para que nada se me olvide, mis frascos que ya me son indispensables. En algunas ocasiones se quiebra mi voz, pero férreamente me obligo a no llorar: pastillas para dormir, tabletas para no desbaratarme, píldoras de la acidez, antiespasmódicos, enjuague para el cabello, cremas antiarrugas, desinfectante bucal. ¡Ay, nunca más la dulzura de su cuerpo!

En las idas y venidas por mi departamento, me convenzo de que la atmósfera de desesperanza que me acompaña por la vida es sólo mía, intransferible, pero indestructible. Mi perdición personal me impide bajar las defensas, me repugnaría vulgarizar un amor tan valioso para la otra persona y convertirlo en un capricho pasajero. Cuando Jacinta me dijo: "nunca querré a nadie como a ti" supe que mi historia no tenía por qué ser parte de su vida.

Cerré la bolsa de viaje y al oír la bocina del taxi tomé mi maleta y salí apretando contra el pecho el bolso, como a un corazón exterior que no quisiera apaciguarse y di dos vueltas al cerrojo del departamento. ♦



Relieve escultórico del Juego de Pelota Sur (detalle). Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajín